7379

2.º ap.te

EL TEATRO

LA MOSQUITA MUERTA

COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO

SU AUTOR

Don Enrique Perez Escrich.

PRECIO: CUATRO REALES.

MADRID — 1857.

IMP. DE AYGUALS DE IZCO HERMANOS, LEGANITOS, 64.

2

LA MOSQUITA MUERTA

COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO

SU AUTOR

Don Enrique Perez Escrich

Representada con estraordinario aplauso por primera vez en
Madrid en el teatro del Príncipe
la noche del 1.° de Mayo del año 1857.

MADRID — 1857.

IMPRENTA DE AYGUALS DE IZCO HERMANOS, LEGANITOS, 64.

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas. Los corresponsales de los señores Gullon y Regoyos, directores de la galería lírico-dramática EL TEATRO, *son los encargados de su administracion.*

Á DON MANUEL OSSORIO,

PRIMER ACTOR Y DIRECTOR

DEL TEATRO DEL PRÍNCIPE.

Querido Manuel: tú has sido para mí desde la infancia un hermano; tus consejos y el interés que ahora te tomas por mis obras me lo demuestran; *La Mosquita muerta* es una prueba de lo que te debo.

Dieciseis representaciones lleva al entrar este pliego en prensa, y el público que tantas veces te ha aplaudido en *Don Juan Tenorio*, *La Vaquera de la Finojosa*, *Los Hugonotes* y otros dramas, te aplaude así mismo en este juguete, y apenas cree sea el mismo actor que admira en el drama.

Esta piececita no tiene otro mérito que el que vosotros le dais en la ejecucion, y yo que soy el primero en reconocer lo que os debe; os doy las gracias en general y en particular á la simpática actriz *doña Francisca Tutor*, que con tanta verdad desempeña su papel, y á tí á quien la dedico, no por lo que vale, sí por lo mucho que te debo, y lo honrado que queda al ofrecértela tu hermano de corazon

ENRIQUE.

PERSONAS.	ACTORES.
CÁNDIDA.	Doña Francisca Tutor.
DOÑA ANGUSTIAS.	Doña Concepcion Sampelayo.
ANGELITO.	Don Manuel Ossorio.
DON PASCUAL.	Don José Olona.
TADEO.	Don Ramon Guzman.

La accion se supone en Socuéllamos, pueblo de la Mancha.—Año 185...

ACTO ÚNICO.

Sala medianamente amueblada en una casa de pueblo. Puerta al fondo y laterales. Una ventana en primer término de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANGUSTIAS *haciendo calceta.*—CANDIDA *escribiendo al otro estremo del teatro.*—ANGELITO *leyendo junto á esta.*

D.ª ANG. Díme, Angelito, ¿ha pasado ya el tren del correo?...

ANGEL. Jé, jé, jé. Si pasa por Socuéllamos antes que se levanten los gorriones. *(A Cándida.)* A ver si pone usted mas estirado ese dedo meñique, ¡torpe!

CÁNDIDA. ¡Regañon!

ANGEL. ¡Desaplicada!

CÁNDIDA. Madre, ¿ya vé usted lo que me dice?...

D.ª ANG. Hace bien, las discípulas deben ser obedientes á la voz del maestro.

CÁNDIDA. Pues si yo no sé, y no me quiere llevar la mano un ratito...

D.ª ANG. Vamos, sé condescendiente. (Qué inocencia.... ¡Oh! no hay miedo que el tirano amor dispare su flecha contra este par de alcornoques.)

ANGEL. *(Cogiéndole la mano.)* ¡Ay! Cándida de mi corazon, cuando pongo mi mano sobre la tuya, parece que un

673217

gato me está arañando la tabla del pecho. *(Doña Angustias vuelve la cabeza hácia los chicos.)*

CÁNDIDA. *(A Angelito.)* Que mira.

ANGEL. *(Leyendo en el libro que tendrá en la mano.)* « El galápago es un sobre hueso que se forma en la parte superior del casco, pero es mas propensa esa enfermedad en las mulas que en los caballos...»

D.ª ANG. Bien, muy bien, eres un chico muy aplicado y lo celebro mucho.

ANGEL. Que hemos de hacer, doña Angustias, yo pienso concluir la carrera el año que viene, y en verdad que á las pobres bestias de Socuéllamos les hace falta un albeitar que sepa en donde tiene su mano derecha. Yo soy muy humanitario, así es que me aplico mucho, y algunas veces cuando encuentro á mi paso algun asno con las orejas caidas, el cuello inclinado hácia adelante, inmóvil como una roca y con la vista fija y triste en el suelo; me acerco á él, y le digo: amigo mio, no estés triste, que yo procuraré cuando sea un profesor, aliviar las dolencias de tus semejantes y teneros muchísimas consideraciones.

D.ª ANG. Já, já. Que chico este.

ANGEL. Es claro, la doctrina nos manda amar al prógimo, y los animales son prógimos nuestros, porque esceptuando el habla, en todo lo demas se nos parecen. *(A Cándida.)* Esa mano mas suelta, ese codo mas hácia adentro, distraida.

CÁNDIDA. ¡Uh! ¡uh! ¡Tengo una gana que se vaya usted del pueblo!

ANGEL. Y yo de perderla á usted de vista.

CÁNDIDA. Y yo á usted.

ANGEL. Respondona.

CÁNDIDA. Regañon.

D.ª ANG. Vamos, vamos, niños, haya paz. *(Aparte.)* Es un bendito, á bien que solo así le consiento que visite esta casa, porque de lo contrario...

CÁNDIDA. *(A Angelito.)* Que ganas tengo que seas albeitar.

ANGEL. Mas tengo yo, porque entonces...

D.ª ANG. Entonces ¿qué?

ANGEL. *(Leyendo en voz alta.)* Entonces si el casco es vidrioso debe procurarse que la herradura dure mucho para que crezca.

D.ª ANG. ¡Ah! Estabas estudiando.

ANGEL. Como siempre, señora Angustias.

ESCENA II.

DICHOS, TADEO. *(Foro.)*

TADEO. Alabado sea Dios.

ANGEL Y CÁNDIDA. Para siempre sea alabado.

D.ª ANG. ¡Ah! ¿Eres tú Tadeo?

TADEO. Yo, y una carta de Madrid.

D.ª ANG. ¿Carta? ¿A ver? ¡De don Pascual!... Veamos. *(Leyendo para sí.)*

ANGEL. *(A Cándida.)* ¡Ay Cándida! me dice el corazon que ese don Pascual va á ser la causa de mi muerte.

CÁNDIDA. Pues yo no quiero que te mueras.

ANGEL. Yo tampoco, pero...

CÁNDIDA. Calla.

ANGEL. Prométeme que cerrarás los ojos en cuanto aparezca.

D.ª ANG. ¡Ay Dios mio! lo mismo que lo pensaba; el bárbaro del cartero se ha guardado esta carta un dia en su poder, y tal vez habrá llegado. Corre, Tadeo, corre á la estacion. *(Habla en voz baja á Tadeo.)*

ANGEL. ¿No lo dije? Ya está ahí. Permita Dios que te quedes ciega.

CÁNDIDA. ¿Y qué haré yo sin ojos?

ANGEL. Ya te pondré yo unos cuando sea albeitar.

TADEO. A pesar de todo, es preciso no apartar ojo de la chica, porque si se casa con el forastero, nos quedamos á la luna de Valencia.

D.ª. ANG. No te dé cuidado. Ahora mientras yo le recuerdo su deber, ve á buscar á ese caballerito.

TADEO. Con Dios. *(Vase.)*

ESCENA III.

DICHOS, *menos* TADEO.

D.ª ANG. ¿Angelito? ¿Si me hicieras el favor de repasar las cuentas de los arrendadores?

ANGEL. Como usted guste.

D.ª ANG. Anda, hijo mio; ahí en mi cuarto las encontrarás, sobre la mesa. No tengo la cabeza para nada.

ANGEL. Voy. *(Aparte.)* Permita Dios que antes que se case con el forastero, se me rompa el hueso sacro. *(Vase.)*

ESCENA IV.

DOÑA ANGUSTIAS, CANDIDA.

D.ª ANG. *(Aparte.)* Sí, es preciso que don Pascual se vuelva á Madrid soltero como viene. La chica es una tonta y su rico patrimonio no se me escapará. *(Alto.)* ¿Cándida?

CANDIDA. ¿Qué manda usted?

D.ª ANG. Ven, hija mia, ven; quiero hablar contigo.

CANDIDA. ¿Puedo dejar el libro?...

D.ª ANG. Sí, pichoncita; no quiero que te atarees tanto, ven acá y escucha con mucha atencion lo que voy á decirte. Tu padre, mi hermano, murió desgraciadamente cuando apenas tenias ocho años.

CANDIDA. ¡Jí! ¡jí! ¡jí!

D.ª ANG. ¿A qué viene ese lloro? Si yo traigo á colacion ese recuerdo, es con el santo fin de que sepas cual es tu deber y las obligaciones que pesan sobre mí. Tu padre me dijo pocos momentos antes de morir: «Angustias, tú eres mi hermana y por consiguiente tia carnal de Cándida. A tí te la confio, sé desde hoy una madre para ella.» Y tú eres buen testigo de que yo he hecho todo lo posible para corresponder á la confianza de tu padre.

CÁNDIDA. Sí, tia mia.

D.ª ANG. ¡Cómo, tia!... Ya sabes que te he prohibido que me llames así. Madre, madre, ¿lo entiendes?

CÁNDIDA. Perdone usted, lo habia olvidado.

D.ª ANG. Por esta pase; pero es preciso que tengas mucha memoria, porque si olvidas los buenos consejos que te he dado, si olvidas mis lecciones y el comportamiento que debes seguir, en particular con los hombres..... serás una niña muy desgraciada.

CÁNDIDA. Yo no olvido lo que usted me dice, tengo, gracias á Dios, mucha memoria.

D.ª ANG. No deseo otra cosa; pero como hoy viene un jóven de Madrid, y en aquella tierra están tan echados á perder los jóvenes, quisiera que me dieras una prueba de tu memoria.

CÁNDIDA. Como usted quiera, madre.

D.ª ANG. Tú eres una muchacha obediente; acércate y responde á mi pregunta, á ver si te acuerdas de mis conse-

jos. ¿Qué debe hacer una niña honrada para librarse de los hombres?

CÁNDIDA. Primero: La niña debe evitar las miradas de los jóvenes, porque de lo contrario corre peligro de quedarse ciega.

D.ª ANG. Bien, muy bien. Prosigue.

CÁNDIDA. Segundo: Si alguno me dice que soy hermosa, debo contestarle: «Favor que usted me hace.» Si persiste, entonces cogiéndome la punta del delantal y bajando la vista, debo decirle: «Si usted continúa hablándome de ese modo, me retiro.»

D.ª ANG. Eso es. Continúa.

CÁNDIDA. Tercero: Si alguno me quisiera coger la mano, yo debo retirar la mia y echar á correr, porque de lo contrario podria quemarme los dedos.

D.ª ANG. Y es muy cierto, yo conocí á una muchacha de Villa-Robledo que se dejó coger la mano por un cazador, y ¡Puf!... se le tornó ceniza. Adelante.

CÁNDIDA. Cuarto: Si alguno me dice que me ama, debo taparme los oidos, porque el amor es un sugeto que tiene muy malas partidas, y suele llevarse á las niñas que le creen á una cueva, y allí las devora, y luego las arroja á las fieras.

D.ª ANG. Eso es una verdad como un templo.

CÁNDIDA. Quinto y último: Si la tenacidad de los hombres me pusiera en un caso no previsto por mi tia, debo ir á buscarla y contárselo todo, que ella recurriria al libro verde de birli-birloque para que me saque de dudas y me enseñe el camino que debo seguir, pues él siempre ha sido el preservador de las malas tentaciones y consejero de las doncellas.

D.ª ANG. Veo con placer, hija mia, que no has olvidado nada; ahora prepárate á recibir á don Pascual, jóven que viene de Madrid á pasar unos dias en este pueblo; su padre era amigo del tuyo; yo debo recibirle como se merece.

CÁNDIDA. Diga usted, madre, y si ese don Pascual me dijera alguna cosa de las que usted me ha prohibido, ¿debo callar?

D.ª ANG. Inocente paloma. Con ese mas que con nadie debes aprovechar mis consejos, porque un jóven que viene de Madrid, es mas temible que una culebra de Cascabel.

CÁNDIDA. ¡Uy qué miedo! ¿Y usted cree que me morderá?

D.ª Ang. Es posible; si no eres precabida...

Cándida. Lo seré, madre.

D.ª Ang. Ahora mientras yo me arreglo un poco para recibirle, tú te pones el vestido de los dias de fiesta y la papalina.

Cándida. Bien, madre.

D.ª Ang. Mucho cuidado.

Cándida. Bien, madre.

D.ª Ang. Anda, y si ocurre algo ya sabes que tengo un libro que te podrá sacar de dudas.

Cándida. Lo sé, madre.

D.ª Ang. *(Aparte.)* Ahora que venga cuando guste ese señorito por su dote. *(Vase.) (Cándida figura irse por el foro, y vuelve.)*

ESCENA V.

Cándida. *(Sola.)*

¡Y lo que sabe mi tia! Cuando pienso el riesgo que corremos..... si yo pudiera coger el libro verde..... y qué cosas se leerán allí, debe ser muy divertido... El Amigo de los Niños tiene tan poca gracia... si yo lo pudiera hallar, qué ratos pasariamos Angelito y yo leyéndolo cuando estuviéramos solos... lo que mas me admira es que hace dos años que Angelito me está diciendo que me quiere, y por mas que yo le miro y le remiro, ni me he quedado ciega, ni me han devorado las fieras. *(Se queda pensativa. Angelito asoma la cabeza por la puerta.)*

ESCENA VI.

Cándida, Angelito.

Angel. ¡Chits!

Cándida. ¡Ay!

Angel. Soy yo... ¡ingrata!...

Cándida. Eso es, échame á mí la culpa cuando por tí he corrido peligro de ser devorada.

Angel. Devorado me tienen esos ojos; yo no duermo, yo no como; todos se burlan de mí en el pueblo al verme ca-

minar por esas calles con la boca abierta y los ojos atravesados; yo estaba gordito, sano y creciendo antes de conocerte, pero desde que te puse la pluma en la mano y te enseñé á hacer los primeros palotes, que tengo un perro de presa agarrado al corazon; mis carnes ¡pif!... volaron, y mi voz se parece mas á la de una corneja que á la de una criatura humana, y no es eso lo peor, sino que despues de tanto berrinche como por tí he pasado, ese forastero vendrá con sus manos lavadas, y sin decir con el permiso de ustedes, metiéndote en el ferro-carril te se llevará á Madrid, y yo me quedaré muertecito de no sé que enfermedad en algun trigo, jí, jí, jí. *(Rompe á llorar estrepitosamente.)*

CÁNDIDA. Jé, jé, jé. *(Llorando.)*

ANGEL. Vamos, no llores.

CÁNDIDA. Yo no quiero que se me lleve ese forastero: jí, jí. *(Llorando.)*

ANGEL. Yo tampoco, y por lo mismo se me ocurre una cosa.

CÁNDIDA. ¿Cuál?...

ANGEL. Buscar á tu tia, y decirle: «Señora Angustias, su sobrina de usted y yo somos dos chicos que corremos peligro de ser la segunda edicion de los Amantes de Teruel, porque al fin y al cabo ella llora, yo gimo y ambos á dos perdemos la salud y las carnes; de consiguiente, la humanidad aconseja á usted que se apiade de nosotros, porque de lo contrario ella será una chica desgraciada, y yo un albeitar que sacrificaré á todas las bestias que caigan en mis manos, de manera que la sangre de los inocentes caerá sobre la cabeza de ustedes, y el remordimiento es una lombriz que da muy malos ratos.» Hablándole de este modo, verá claro el asunto, y nos dirá: Dios os haga felices.

CÁNDIDA. Guárdate bien de decirle eso. Lo mejor es buscar un libro verde que tiene ella, intitulado «el Consejero de las doncellas» y ver qué nos aconseja en este trance.

ANGEL. Busca ese libro, Cándida de mi corazon; pero antes júrame que nunca serás de ese lechuguino á quien no conoces.

CÁNDIDA. Lo juro. *(Aparece en el fondo don Pascual, Tadeo y un mozo que trae el equipage. Cándida da un grito y desaparece por la izquierda. Angelito se queda inmóvil, abre el libro que llevará en la mano, y lee en voz alta.)*

ESCENA VII.

ANGELITO, DON PASCUAL, TADEO *y el mozo.*

TADEO. Por aquí, caballero.
CÁNDIDA. ¡Ay! *(Vase precipitadamente.)*
PASCUAL. ¿Quién es esa niña que huye de mí?
TADEO. Cándida. *(Al mozo.)* Deja el equipage en aquel cuarto. Con el permiso de usted, voy á decirle a la señora... *(Vase.)*

ESCENA VIII.

ANGELITO, DON PASCUAL.

PASCUAL. ¿Quién será este ente?
ANGEL. Y me mira. Es preciso ser cortesanos. *(Leyendo alto.)* El cuerpo estraño es todo agente que viene de fuera á ocupar una parte del animal que no le pertenece.
PASCUAL. Buenos dias, amigo.
ANGEL. *(Leyendo.)* Para arrojarlo de donde se aloja muchas veces, conviene coger un palo...
PASCUAL. (¡Qué dice!) Caballero, le he saludado á usted.
ANGEL. Ya lo sé, gracias. *(Sigue leyendo.)*
PASCUAL. Por lo mismo me creo en el derecho de exigir una contestacion.
ANGEL. Y hace usted muy bien. *(Sigue leyendo.)*
PASCUAL. ¡Cómo!... Usted es un imbécil.
ANGEL. No señor, soy un cursante en veterinaria.
PASCUAL. Lo mismo da. Dígame usted, ¿por qué salió escapada esa niña cuando me vió?...
ANGEL. Aquí en Socuéllamos, el que huye es porque tiene miedo ó porque le da la gana.
PASCUAL. ¿Con que, segun Socuéllamos, la he asustado?
ANGEL. Así parece.
PASCUAL. ¿Sabe usted, querido, que le doy el parabien por hallarle en esta casa, en donde pienso pasar el verano?
ANGEL. ¡Sí!... ¿y por qué?...
PASCUAL. Porque usted me ha de hacer reir mucho; tiene una cara tan antidiluviana.
ANGEL. Favor que usted me hace.

PASCUAL. (Lo dicho, es tonto.) Y usted ¿qué lugar ocupa en esta casa?

ANGEL. ¿Yo? La sala, ¿no lo vé usted?

PASCUAL. Jé, jé. Es chistoso; quiero decir qué relaciones le unen con los dueños de esta casa, porque yo ignoraba que en ella hubiera un ente tan original como usted.

ANGEL. Yo soy el maestro de Cándida, amigo de doña Angustias, y conocido de las dos desde la infancia. En cuanto á mi carrera, estoy concluyendo la de albeitar; si algun dia me necesita usted, Angel Rubio, Socuéllamos.

PASCUAL. (Habrá cafre.) Hombre, su voz de usted tiene cierto parecido á la del grillo que me encanta.

ANGEL. Ya lo creo, como que estoy mudándola y creciendo, porque así como los potros mudan el pelo de la dehesa, los hombres mudamos la voz.

PASCUAL. La comparacion le sienta á usted divinamente; pero en favor de los tímpanos del prójimo, debia usted estar escondido, hasta que se terminára la muda.

ANGEL. Yo lo creo, si todos tuvieran los oidos tan delicados como usted. Pero con permiso, tengo que examinar unas cuentas. Hasta mas ver, y conservarse. *(Vase.)*

ESCENA IX.

DON PASCUAL. *(Solo.)*

Já, já, já. Pues señor, no hay duda, ese chico me divierte. Cuando salí de la corte creí aburrirme en esta aldea, ahora estoy seguro de lo contrario... pero mucho tarda la tia de mi futura esposa. Hé ahí una palabra que yo borraria del diccionario. La idea del matrimonio me horripila.... pero qué remedio.... es plan convenido por nuestros padres, y será preciso darle un adios á la vida de soltero. Sí, sí, decididamente me caso; pero antes reuno á mis amigos en el Cisne, y allí hago mi testamento, diciéndoles: «Compañeros de aventuras, hasta el valle de Josafat. Vuestro mundo me cierra las puertas, pero me las abre el mundo de los casados, es decir, la muerte, porque el matrimonio no es otra cosa que el suicidio moral.

ESCENA X.

DON PASCUAL, DOÑA ANGUSTIAS, TADEO.

TADEO. Ahí le tiene usted. *(Por don Pascual.)*

D.ª ANG. ¡Mi querido don Pascual!...

PASCUAL. ¡Mi señora doña Angustias!... Estoy absorto viéndola á usted tan jóven y tan...

TADEO. *(Aparte.)* Qué aduladores son estos señoritos de Madrid.

D.ª ANG. Pero estará usted rendido...

PASCUAL. Nada de eso; el viaje es corto, apenas se emplean seis horas.

D.ª ANG. ¿Y cómo queda mi señor don Roque, su padre de usted?

PASCUAL. No pasan años por él.

D.ª ANG. En verdad no sé por qué me alegra la venida de usted, cuando tal vez sea para arrebatarme lo que mas amo en el mundo, á Cándida.

PASCUAL. Señora, si soy tan dichoso, espero no tener el sentimiento de separarme de usted.

TADEO. *(Aparte.)* Sí, sí, y á los tres dias nos tirará á la calle.

D.ª ANG. Dispense usted si con el placer de verle me he olvidado de llamar á la niña. Tadeo, díle á Cándida que salga.

TADEO. Voy. *(Vase.)*

ESCENA XI.

DOÑA ANGUSTIAS, DON PASCUAL.

PASCUAL. A juzgar por la intempestiva cuanto veloz retirada de Cándida, creo que mi presencia no le...

D.ª ANG. Dios mio, ¿habrá hecho alguna de las suyas?...

PASCUAL. ¡Pschi!... No, solo que al verme huyó de mí como el diablo de la cruz.

D.ª ANG. Perdone usted esa falta; hija mas bien del rubor que de otra cosa.

PASCUAL. Es que yo sentiria, señora, violentar á esa niña...

D.ª ANG. Ni yo podria consentirlo sin desobedecer las órdenes testamentarias de mi hermano su padre. Pero usted, jóven de talento, no debe estrañar esa ocurrencia desagradable; yo, si he de ser franca, no estrañaria que

la chicuela se negára á darle á usted su mano, á pesar de las buenas cualidades que le distinguen...

PASCUAL. Señora...

D.ª ANG. *(Aparte.)* Ganemos terreno. *(Alto.)* Ya vé usted, las costumbres inocentes de un pueblo, una niña que no se ha separado, digámoslo así, de mi regazo desde el dia que nació, qué estraño seria que se negára á aceptar la brillante posicion que su mano de usted le ofrece, trocando esta vida monótona de pueblo, por los encantos de la córte.

PASCUAL. (La tia no quiere casar á la sobrina; probemos.) Señora, ¿quiere usted que le hable con la franqueza que me caracteriza?

D.ª ANG. Puede usted dudar...

PASCUAL. Pues bien, respóndame usted sin rodeos. ¿La niña ama ó ha amado alguna vez?...

D.ª ANG. No; al menos que yo sepa.

PASCUAL. Pues entonces debe usted desechar los recelos que su carácter mas ó menos encogido le inspiran. Yo espero que usted me permitirá que ponga de mi parte todo lo que pueda, para hacer que su corazon sienta ese latido que ella desconoce y que nosotros llamamos amor.

D.ª ANG. Yo no debo oponerme á una peticion tan justa, porque estoy convencida de que usted no empleará otros medios que los legales...

PASCUAL. Señora, es la hija del mejor amigo de mi padre. Y ademas el padre de Cándida dejó espresado en su testamento sin ninguna clase de duda, que si la niña se negaba á darme su mano, no debiamos violentarla.

D.ª ANG. Y que si preferia vivir soltera, podia serlo, con la condicion de que su tia fuese la única tutora y curadora de sus bienes.

PASCUAL. Esa condicion, pues, obliga á usted á dar pronto un esposo á Cándida, porque de lo contrario la maledicencia, podria creer que usted...

D.ª ANG. Advierta usted, caballero, que mi hermano me dejó un legado....

PASCUAL. Sí, es verdad; de diez reales diarios.

D.ª ANG. Renta con la cual me basta para concluir mis dias modestamente en este pueblo.

PASCUAL. Usted vivir en este pueblo!... usted que en otro tiempo fué el encanto de Madrid.

D.ª ANG. Amigo mio, cuando á mi difunto hermano le dió la humorada de abandonar la córte y venir á establecerse

en Socuéllanos, confieso francamente que lo sentí, pero diez años de vida pacífica y retirada, han acabado por hacerme este pueblo el mejor de los pueblos, y esta sociedad la mejor de las sociedades.

PASCUAL. Eso es una verdad, señora, la atmósfera que se respira influye mucho en la revolucion de nuestras ideas, así es que no me estraña que Cándida se halle en el estado en que usted me dice; si he de juzgar por el maestro que se le ha buscado para perfeccionar su educacion.

D.ª ANG. (Es un epígrama.) ¡Ah! Con que usted conoce á Angelito.

PASCUAL. He tenido ese placer.

D.ª ANG. (Empieza á infundirme recelos este jóven.)

PASCUAL. (Ha comprendido mi indirecta.)

ESCENA XII.

DICHOS, TADEO.

TADEO. Señora, la niña dice que no quiere salir porque le da vergüenza.

D.ª ANG. Já, já, já. ¿Oye usted, caballero? Mucho nos va á costar quitarle el pelo de la dehesa. Con el permiso de usted. *(Vase.)*

ESCENA XIII.

D. PASCUAL, TADEO.

PASCUAL. La niña es hermosa y rica; ademas yo no soy hombre que deja escapar las ocasiones, como ella me ame, la tia me importa poco; si no me ama, entonces me volveré á Madrid con el sentimiento de no haber logrado arrancar de sus manos á esa pobre niña.

ESCENA XIV.

DICHOS, DOÑA ANGUSTIAS, CÁNDIDA, *vestida ridículamente. Empieza á oscurecer.*

D.ª ANG. (No olvides mis consejos.)

CÁNDIDA. Bien, madre.

D.ª ANG. Presento á usted á mi sobrina. El señor don Pascual de

la Vega. *(Cándida se vuelve de espaldas.)*

PASCUAL. Señorita, espero que me cuente usted en el número de... *(Cándida le da un codazo y se va á la otra parte de la escena.)*

CÁNDIDA. Favor que usted me hace.

PASCUAL. Señora, ha vestido usted horriblemente á esa pobre niña.

D.ª ANG. La moda no llega á Socuéllanos. *(D. Pascual se acerca á Cándida.)*

PASCUAL. Mucho he sentido, señorita, haber asustado á usted antes. ¿Está usted tal vez resentida conmigo?... *(Pausa.)* Señora, interceda usted en favor mio. (Me lo ha prometido usted.)

D.ª ANG. Cándida, el señor es un amigo de casa, que viene á pedirme tu mano.

CANDIDA. ¿Y para qué le he de dar mi mano?

PASCUAL. Para hacerme el mas feliz de los hombres, porque yo la amo á usted.

CANDIDA. (¡Hay que miedo!) *(Se cubre la cara con el delantal.)*

PASCUAL. ¿No merezco una contestacion?

CANDIDA. Tia, ¿me marcho ó me quedo?

D.ª ANG. ¿Lo vé usted, caballero?

PASCUAL. No veo nada, pero ya que usted no intercede en favor mio, yo lo haré por mi cuenta y riesgo. *(Habla bajo con Cándida.)*

D.ª ANG. Predicar en desierto. Tadeo... prepara las luces. *(Vase Tadeo por el foro.)* Han bajado tanto la voz que no oigo nada. ¿Qué le dirá?

CANDIDA. Madre, ¿tiene usted por ahí el libro verde?

PASCUAL. ¿Qué libro es ese?

D.ª ANG. (¡Diablo de chica!) Já, já, já; es una infeliz. (Me va impacientando la tenacidad de don Pascual. Egem, egem.)

PASCUAL. ¿Qué? *(Sale Tadeo con una luz y se va luego.)*

D.ª ANG. Nada, nada; puede usted continuar.

ESCENA XV.

DICHOS, ANGELITO *que sale por la derecha con unos papeles en la mano.*

ANGEL. ¡Ella!.... ¡El!.... ¡Los dos!.... *(Desde el dintel de la puerta.)*

PASCUAL. ¿Por qué se tapa usted los oidos?

D.ª ANG. (Yo sudo.)
CANDIDA. Porque no quiero ser devorada.
PASCUAL. ¿Señorita?...
ANGEL. ¡La va á devorar!
PASCUAL. ¿Qué diablo es esto? *(A doña Angustias.)*
ANGEL. (Permita Dios que me coja un torozon y me deje mas tieso que el hueso homóplato.)
D.ª ANG. (Es preciso poner término á esta escena.) *(Habla don Pascual con Cándida.)*
CANDIDA. ¿De veras? ¡Hay que gusto! *(Se rie y bate las palmas.)*
ANGEL. En mi lugar quisiera ver á mi catedrático.
CANDIDA. ¿Y si me quedo ciega? Eso no es verdad; porque el amor es un sugeto que tiene muy malas partidas. Mi tia lo dice.
PASCUAL. (O es tonta, ó le han hecho creer... Probemos.) ¿Nada contesta usted á mis palabras?
CANDIDA. Tia, ¿por qué no saca usted el libro de birli-birloque, para que me saque de dudas?
D.ª ANG. Pero niña, estás disparatando.
PASCUAL. (Empiezo á comprender....) Señorita, la candidez de sus miradas, su angelical semblante han hecho brotar en mi pecho un amor... que en vano buscaria palabras para hacerle comprender..... Yo la amo, la amo. *(Le besa la mano.)*
CANDIDA. Que me va á quemar la mano! tia, que me hallo en un caso imprevisto!...
D.ª ANG. ¡Caballero!
ANGEL. Ji, ji, ji. *(Sale llorando.)*
CANDIDA. ¡Angelito! ¡Y llora! Ji, ji, ji.
D.ª ANG. ¡Cándida!
PASCUAL. ¿Pero qué tiene ese imbécil?
ANGEL. Aquí tiene usted las cuentas.
PASCUAL. ¿Por qué llora usted?
CANDIDA. Pobrecito, va á enfermar.
D.ª ANG. ¿Pero por qué lloras?
PASCUAL. (¿Se amarán este par de tontos?)
ANGEL. Yo no lloro por llorar, lloro porque llorando parece que se desentortija mi corazon que ni yo mismo puedo comprender el motivo de habérseme enroscado como si fueran las vértebras cervicales.
D.ª ANG. ¡Es particular!
PASCUAL. (Yo sabré la verdad.) Vamos, siéntese usted; eso habrá sido una ligera indisposicion.

D.ª ANG. Cándida saca un poco de agua con vino; corre.
CÁNDIDA. Voy corriendo. No faltaba mas que se muriera mi pobre Angelito. *(Vase.)*

ESCENA XVI.

DICHOS, *menos* CÁNDIDA.

PASCUAL. ¿Cómo va ese valor, amigo mio?
ANGEL. No me falta; pero permítanme ustedes que llore, porque sino voy á reventar como una cigarra.
D.ª ANG. Pero hace poco que estabas bueno, contento.
PASCUAL. (No hay duda, este chico ama á Cándida, yo lo sabré.) Señora, si usted tuviera la amabilidad de enseñarme dónde han colocado mi equipaje.
D.ª ANG. Con mucho gusto. (Cuanto menos vea á Cándida mejor.) *(A Angelito.)* Puedes descansar un momento, pero no te vayas sin verme.
PASCUAL. A Dios, amigo mio, no se aflija usted; ya hallaremos el remedio para su enfermedad. Vamos, señora. *(Vanse.)*

ESCENA XVII.

ANGELITO.

El remedio, cuando has venido á sembrar la muerte. El remedio ya lo sé yo; el dia que el cura os eche la bendicion, ¡pam! me zambullo entre las ruedas de una locomotora, y muero aplastado como un topo. ¿Pero es posible, ingrata, desconocida, que trates de ese modo al que te ha enseñado á hacer los primeros palotes? ¡Ah mujeres! os tengo bien conocidas, vosotras sois como los higos chumbos, al inesperto que os acaricia, le clavais los pinchos, mientras que el que va con cuchillo en mano y os trata con dureza, le entregais el corazon sin hacerle daño.

ESCENA XVIII.

ANGELITO, CÁNDIDA *con una bandeja y un vaso con vino.*

CÁNDIDA. Pobre Angelito, está pálido; bebe, esto te reanimará.
ANGEL. Mujer inconstante, ya que me has clavado una espina

en mitad del pecho, dame hiel y vinagre y mátame de una vez.

CÁNDIDA. Tú no tienes corazon.

ANGEL. Sí señora, en el costado derecho, en donde me está dando mas vueltas que las aspas de un molino de viento.

CÁNDIDA. ¿Pues por qué lloras, si sabes que eso me pone triste?

ANGEL. Eso es, tú quieres que sea tan insensible como los pavos; mira, Cándida, yo te quiero tanto como á mi madre, por tí me dejaria arrancar una oreja sin decir Jesus; pero mirar con indiferencia á ese forastero, eso no, primero moro.

CANDIDA. Yo soy una pobre chica que no sabe tanta retórica como tú, pero á pesar de lo que me dice mi tia y de su libro verde, te quiero mas á tí que á ese don Pascual.

ANGEL. Pues qué, ¿no te vieron estos ojos, que se han de comer á la tierra, riéndote con él cuando te cogió la mano?

CÁNDIDA. Embusterillos son tus ojos, yo retiré la mia, y bien sabes tú que eso no lo hago yo contigo, pues cuando me coges la mano para hacer palotes estoy muy quietecita.

ANGEL. Tu inconstancia ha sido la hoz que ha segado mis ilusiones. *(Alzando la voz.)* Porque yo he tenido ilusiones. Cuando por la noche apagaba la luz, te veia á tí á pesar de la oscuridad; entonces me decia, aplícate, serás pronto albeitar y podrás casarte con Cándida, tendremos una casita que será de los dos, ella criará gallinas y palomas, y cuando despues de haber hecho una cura milagrosa vuelvas á tu casa con la conciencia tranquila, Cándida saldrá á recibirte, rodeada de polluelos. Por las tardes iremos juntos á pasear al majuelo de mi tia Petra, y allí mientras yo estudio el *Novísimo Cabero*, ella me hará un ramo de amapolas; pero ahora adios sueños dorados, el pobre Angelito vagará desde hoy como una sombra por el pueblo, poco á poco se ira consumiendo, el dia menos pensado torcerá el cuello y se morirá.

CÁNDIDA. Yo no quiero que te mueras.

ANGEL. Yo quiero morirme.

CÁNDIDA. Yo no quiero.

ANGEL. Toma la trenza que me diste, para nada la necesito; pero dame las castañuelas que te trage de Madrid. *(Saca una trenza de pelo larga y se la presenta.)*

CÁNDIDA. Yo no quiero reñir contigo, si no te viera, no sé por qué, pero creo que me pondria enferma. Tú te crees

que porque soy una tonta no tengo memoria, pues te engañas, y aun me acuerdo cuando venias detras de mí mirándome con aquellos ojos de carnero degollado que me daban lástima; hasta que un dia me dijiste medio llorando: «Cándida, yo soy un muchacho honrado, y si bien no tan rico como tú, tengo gracias á Dios un pedazo de pan que llevarme á la boca. En fin, yo no cómo, yo no duermo, de dia estoy cabiloso y por la noche sueño; esto dice mi madre que es mal de amores, y por lo mismo que te quiero, si tú me quieres, cuando concluya la carrera yo le diré á tu tia todo esto y mucho mas, y nos casaremos.» Al verte tan afligido me puse el corazon en la mano y te lo dí; luego me pediste un recuerdo y te lo dí, luego me pediste una cita y te la dí, despues que te he ido dando todo lo que me has pedido, ahora sin razon me quieres dejar; pero yo pobrecita de mí, no quiero que tú me dejes, porque me moriré de melancolía. En cuanto á las castañuelas aquí están, y piensa que al quitármelas firmas mi sentencia de muerte. *(Al terminar este parlamento se quedan uno enfrente del otro presentándose la trenza de pelo y las castañuelas, de pronto rompen en un lloro estrepitoso y se abrazan fuertemente de modo que no vean á doña Angustias y á don Pascual que son los que les separan.)*

ESCENA XIX.

DICHOS, DOÑA ANGUSTIAS, DON PASCUAL.

PASCUAL. No hay que asustarse.

D.ª ANG. ¡Insolentes! ¡Será posible!

PASCUAL. Eso es lo mas natural del mundo.

CÁNDIDA. (Pobrecita de mí.)

ANGEL. *(Abre un libro y lee.)* «*El milo hioydes* es un músculo plano situado entre las dos mandíbulas.»

D.ª ANG. Esas debian romperle á usted; suelte ese libro y á la calle.

PASCUAL. Já, ja, já, já. Amigo mío, es usted un tonto aprovechado.

D.ª ANG. ¿Aun no se ha ido usted?

ANGEL. Me voy, pero sepa usted que Cándida no ama á otro mas que á mí.

D.ª ANG. ¡Habrá insolente!

ANGEL. Y si no que lo diga ella.
CANDIDA. Angelito dice la verdad, madre.
D.ª ANG. Estoy sofocada. ¡La mosquita muerta!..... ¡la inocente!..... Señor don Pascual, tenga usted la bondad de arrojarme por la ventana á ese imbécil.
ANGEL. No se moleste usted, me voy. A Dios, Cándida, hasta luego. *(Vase. Cándida pretende seguir á Angelito, su tia y don Pascual la detienen.)*

ESCENA XX.

DICHOS, *menos* ANGELITO.

D.ª ANG. Venga usted acá, señora sóbrina; bien caro le va á costar á usted el haber dado oido á las palabras de ese alcornoque.
CANDIDA. Madre, yo no tengo la culpa. Angelito me decia unas cosas tan buenas...
D.ª ANG. Cierre usted la boca. En el cuarto oscuro á pan y agua voy á tenerla á usted.
PASCUAL. Señora, ¿y el testamento de su padre?
D.ª ANG. Qué testamento ni qué ocho cuartos; no faltaba mas que usted defienda á este par de alcornoques.
CANDIDA. Madre, yo no sé si podré olvidar á Angelito.
D.ª ANG. Silencio; á dormir.
CANDIDA. Muy buenas noches tenga usted, madre.
D.ª ANG. Silencio.
CANDIDA. Callaré, madre.
D.ª ANG. Entre usted.
CANDIDA. Buenas noches, madre. *(Vase.)*

ESCENA XXI.

DOÑA ANGUSTIAS, DON PASCUAL.

D.ª ANG. ¡Estoy sofocada!... ¡Yo que le tenia por un santito!...
PASCUAL. Será preciso conformarse, señora.
D.ª ANG. ¿Pero es posible que usted les defienda?
PASCUAL. Encierre usted un árbol bajo una campana de cristal, y la campana se romperá cuando llegue el dia de la vegetacion. El amor está en la naturaleza. Usted ha querido que esa niña desconociera esa pasion sublime que lo embellece todo, y la naturaleza mas sabia que usted

le ha dicho tocándole el corazon: ¡Llegó tu hora, despierta!

D.ª Ang. Pues yo le diré: duerme.

Pascual. ¿Y la voluntad del difunto?

D.ª Ang. Los difuntos no tienen voluntad propia.

Pascual. Ademas, ellos han nacido el uno para el otro; qué diablos, hágales usted felices, que Dios no olvida las buenas acciones.

D.ª Ang. Vaya usted al diablo con sus consejos. *(Vase.)*

ESCENA XXII.

Don Pascual.

¡Já, já, já! La del libro verde, y el otro que parecia un santo. Fíese usted de la inocencia de un pueblo. Se aprovechan los angelitos. Vieja astuta, yo estoy aquí para hacerte cumplir esa voluntad que tú no respetas. *(Se oye una guitarra en la calle.)* ¡Hola! serenata tenemos; si será el Medoro de Cándida; sí, no hay duda, esto me huele á serenata.

(Canta Angelito desde la calle.)

«En el calzar y el vestir
«Voy á gusto de mi padre,
«Pero en tocante al casar
«Conmigo no manda nadie.»

Pascual. Ciertos son los toros. La actividad del mozo no tiene precio; pero si á ella se le ocurre salir á consolar á su Gerineldo... apagaremos la luz. *(Apaga la luz y se asoma á la ventana.)* ¡Hola! trae una escalera, esto es mas formal. ¿Eh?... ¡Ah!... La niña sale al reclamo, observemos.

ESCENA XXIII.

Don Pascual, Candida, Angelito. *(Cándida sale y va á la ventana.)*

Candida. ¿Eres tú, Angelito?

Angel. Yo soy, que vengo á consolarte. *(Dentro.)*

Candida. Véte, no te vea alguien.

ANGEL. No temas. Mira, ¿me permites que suba?
CANDIDA. No, no.
ANGEL. Aquí puede cogerme una pulmonía.
CANDIDA. ¿Tienes frio?
ANGEL. Estoy tiritando.
CANDIDA. ¡Ay pobrecito! Pues entonces sube.
PASCUAL. La niña se conforma pronto.

ESCENA XXIV.

DICHOS, ANGELITO. *(Por la ventana.)*

ANGEL. Dios te lo pague.
CANDIDA. ¡Ay tengo miedo!
PASCUAL. Estoy haciendo un papel divertido.
ANGEL. No seas tonta. Se lo he contado todo á mi madre, y me ha dicho, que si tú me quieres, que nos podemos casar, pues depositándote en casa del cura, nadie puede impedirlo.
CANDIDA. ¿Ni mi tia tampoco?
ANGEL. Cá, ni aunque fuera tu madre.
PASCUAL. Este chico hará carrera, es atrevido.
CANDIDA. ¿Y qué te parece que haga?
ANGEL. Mira, lo que debes hacer es seguirme; yo te deposito en casa del cura, y mañana nos casamos.
CANDIDA. Pero ahora no podemos salir, la puerta está cerrada.
ANGEL. ¿Soy yo tonto? Mira por la ventana. ¿Qué ves?
CANDIDA. Una escalera.
ANGEL. Es la que tengo en mi casa para subir al peral, que la he traido conmigo.
CANDIDA. Pero yo tengo miedo.
ANGEL. Anda, tonta, que todos estos sustos ya te los recompensaré yo cuando seas mi mujer.
PASCUAL. Si seré yo testigo de...
CANDIDA. No quiero.
ANGEL. ¿No? pues adios. Me tiro de cabeza, y pataplam, me estrello.
CANDIDA. No, no.
ANGEL. ¿Vienes?
CANDIDA. Pero...
ANGEL. Ni pero, ni pera. ¿Vienes? A la una, á las dos, á las...
CANDIDA. Pero si no sabré bajar.
ANGEL. No seas medrosa.
CANDIDA. Prométeme tener bien sujeta la escalera.

ANGEL. No que no. Ahora te dejaria yo.
CANDIDA. ¿Y si me ves las piernas?
ANGEL. Anda, tonta, qué mas da; cerraré los ojos.
CANDIDA. Yo bajaré primero.
ANGEL. Como quieras; vamos. *(Saltan los dos por la ventana.)*

ESCENA XXV.

DON PASCUAL. *(Solo.)*

¡Ah tunantes! Pues no os habeis de escapar; casualmente tengo con qué hacer ruido. *(Dispara una pistola.)* A esos, detenedlos. Tadeo, que no se escapen. *(Se oye en la calle gritos, ladridos de perro y alboroto.)*

ESCENA XXVI.

DON PASCUAL, DOÑA ANGUSTIAS. *(Saliendo precipitadamente.)*

D.ª ANG. ¿Qué escándalo es este, qué pasa, qué ocurre?
PASCUAL. No es nada. Su sobrina de usted que acaba de fugarse por esa ventana con su amante.
D.ª ANG. ¡Dios mio! Corramos, caballero, corramos. *(Llegan á la puerta, á tiempo que aparece en ella Tadeo trayendo á los chicos cogidos de las orejas. Doña Angustias coge á Cándida de la otra oreja y don Pascual hace lo mismo con Angelito, de modo que lleguen al proscenio los cinco cogidos.)*

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CANDIDA, ANGELITO *y* TADEO.

TADEO. Aquí están los prófugos.
D.ª ANG. Mala sobrina.
PASCUAL. Señora, evite usted el escándalo, y cúmplase la voluntad de su padre.
ANGEL Y CANDIDA. ¡Tia! *(Arrodillándose.)*
D.ª ANG. ¡Hum!
PASCUAL. Angelito, dígale usted á su madre que doña Angustias consiente en darle á su sobrina por esposa.
CANDIDA. ¡Ay qué gusto!

ANGEL. Viva doña Angustias. *(Tirando el sombrero en alto.)*
D.ª ANG. Es usted un... mas vale callar.
PASCUAL. Señora, usted lo ha dicho; el amor es un sugeto que tiene muy malas partidas. Es preciso conformarse.
D.ª ANG. ¡Con que al fin se ha de cumplir
la voluntad del difunto!...
PASCUAL. No se hable mas de este asunto;
que se casen, y á vivir.
D.ª ANG. *(Al público.)* ¡Sílvales!
ANGEL. *(Adelantándose.)* ¡Cándida mia!
intercede en mi favor.
CANDIDA. Público amigo y señor:
haz quedar mal á mi tia.

Esta pieza titulada: *La Mosquita muerta*, está aprobada por la censura vigente en 8 de abril de 1857.